

Camino del Carralón en San Pedro de las Herrerías



79 km
Distancia desde Zamora

7 km
Longitud total del trayecto

2,30 h
Tiempo aproximado

Dificultad:
Media (pistas cascajos)

Detalles de interés:
paisajes pitorescos,
localidad atractiva,
molinos tradicionales,
arquitectura popular,
fuentes copiosas, piezas artísticas notables,
bosques frondosos

Emplazado en la falda meridional de la Culebra, por aquí atravesaba la calzada romana Vía XVII

Pocas localidades existen en la provincia de Zamora tan conocidas como ésta de San Pedro de las Herrerías. Aunque el pueblo resulta por sí solo un verdadero paraíso y para deslumbrar con brillo propio nada requiere, dos son los elementos que han provocado que posea un renombre superior. Uno de ellos es su campamento juvenil y el otro la estación del tren.

El campamento se sitúa en una zona boscosa contigua al casco urbano por el oeste. Allí, en espacios amenos y soleados, se estableció en el ya lejano año 1943, en plena posguerra, un área de acampada juvenil que se ha mantenido activa hasta nuestros días. Lo que en una primera época fue un paraje donde se montaban tiendas de campaña, lo han ido mejorando a lo largo de los tiempos, hasta contar ahora con magníficas instalaciones albergadas en sólidos edificios. Por este recinto han pasado miles de niños y jóvenes de España entera, los cuales acudían y acuden para convivir en contacto directo con una naturaleza amable y relajante. Todos esos usuarios se han llevado un grato recuerdo de su estancia en estos rincones y evocan tal experiencia con satisfacción. El nombre completo del establecimiento es el de Campamento de San Ignacio de Loyola, siendo la Junta de Castilla y León su propietaria. En estos momentos acoge también un estimulante parque de aventuras.

La estación de ferrocarril se ubica unos centenares de metros por encima de las casas, junto al estratégico paso de montaña denominado Portilla de San Pedro. Por ese collado cruza también la importante carretera que enlaza Alcañices con La Carballeda y Sanabria. Debido a tan oportuna conjunción, la parada ferroviaria tuvo mucha actividad, pues los viajeros de la zona occidental de Aliste, incluida su capital, acudían a ella para tomar el tren. Pero aquel apogeo se diluyó con los años. Debido al cambio de formas de desplazarse, en esos andenes domina ahora la soledad y el abandono. Se llevaron de allí todos los empleados y, aunque el edificio principal se conserva en relativo buen estado, actualmente no se detiene ningún convoy.

El pueblo se emplaza sobre un risueño paraje en las faldas meridionales de la Sierra de la Culebra. Queda al pie del citado boquete orográfico aprovechado desde antiguo para las comunicaciones. Perduran vestigios de que por aquí atravesaba la importante calzada romana Vía XVII que enlazó las urbes de Braga y Astorga. A su vez, sobre estos mismos solares pudiera haberse asentado una de las mansiones, la denominada Veniatia. Varios hitos modernos evocan y evidencian el ancestral trazado que hubo de coincidir con la propia travesía local.

Nosotros, al caminar por cualquiera de las

calles, veremos viviendas bien rehabilitadas que mantienen la pintoresca arquitectura tradicional de la comarca. Abajo, exenta en medio de una campiña despejada, se alza la iglesia. Es un oratorio sencillo que se caracteriza por un potente presbiterio de planta cuadrada y por los gruesos contrafuertes agregados a la nave. Sobre el muro del hastial se eleva el campanario, espadaña de tres vanos creada con sillería de granito. Sabemos que el actual templo no es demasiado antiguo, pues fue construido en 1921 sobre los solares de otro anterior. Para dotarlo de mobiliario adecuado, trajeron el magnífico retablo que estuvo en la capilla de San Miguel de la Catedral de Zamora, colocándolo en su altar mayor. Es una obra notable del siglo XVII, cincelada por el escultor renacentista Juan de Montejo. La forman relieves e imágenes que impactan por su expresividad y aplomo.

Por el medio del núcleo urbano baja un arroyo copioso que nace unos metros más arriba. Desciende rumoroso, batiéndose en múltiples cascadillas. Además de aprovecharse para regar las huertas, con la fuerza proporcionada por sus corrientes funcionaron varios molinos. Conocemos la existencia de al menos tres, cuyos vestigios todavía son perceptibles. Uno de ellos se ha visto beneficiado de una minuciosa restauración. Muestra formas sencillas con muros de rústica mampostería y

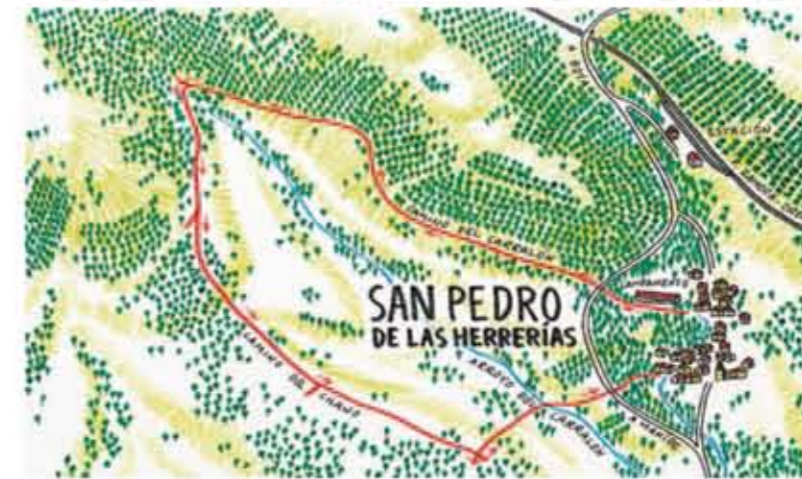
techumbres mixtas de losas y tejas. Como vano sólo posee la puerta de acceso y el cárcavo donde se cobija el rodezno. Su figura, a la sombra de robles jóvenes, semiengullida por ellos, resulta sumamente grata.

Los manantiales que dan origen a ese curso acuático son los mismos de la fuente local. Ésta queda al resguardo de una pared semicircular y con un cerco alrededor enlosado con esmero. Consta de un pilar, coronado con una estética bola, del que salen tres chorros copiosos. Los caudales que aportan se remansan momentáneamente en un pozo lavadero, muy frecuentado antaño, pero solitario en nuestros días. Este venero, junto a otros menores situados un poco por encima, se tiene como origen del río Aliste. Las aguas son limpias y frescas, algo ferruginosas, no en vano por todo el contorno aparecen indicios de filones de hierro cuyo mineral debió de fundirse en las supuestas ferrerías que dieron nombre al propio pueblo. Para completar la dotación de este enclave, a su orilla han instalado una pequeña área de descanso, formada por un par de mesas y sus correspondientes asientos.

Desde este punto partimos nosotros para realizar un recorrido por el término local. Sale de aquí una senda que discurre contigua a la valla perimetral del campamento por el mediodía. A su través alcanzamos enseguida

la carretera general, oportunamente trazada por fuera del casco urbano para obviar un pasaje peligroso. Junto a ese itinerario principal, unas decenas de metros por arriba, se sitúa una segunda fuente. Al emplazarse al lado de ruta tan transitada y contar con un desvío para aparcar, es mucho más frecuentada y famosa que la otra. En su par de caños se han refrescado y saciado la sed gran número de los viajeros que por aquí pasan. Esta fontana fue construida en el año 1931 por el Ministerio de Obras Públicas y reparada no hace mucho. Exhibe como ornamento un relieve policromado que representa el emblema de ese departamento y queda a la sombra de una frondosa arboleda. Junto a ella, en frente, se alzaron unas casetas de peones camineros arruinadas en nuestros días.

La vereda por la que llegamos se prolonga de frente con una pista bien marcada y por ella vamos a continuar. En los mapas la rotulan como camino del Carralón. Dejamos al lado un castaño gigantesco, dotado de tronco grueso y enormes ramas y, progresivamente, nos adentramos en una vaguada que se clava en el corazón de la sierra. Por sus fondos discurre el arroyo también llamado del Carralón que puede ser considerado como otra de las cabeceras del Aliste o, como poco, su primer afluente. Acontando el paraje se alzan estribaciones montañosas cuyas cotas mayores alcanzan los 1200



Arriba, a la izquierda, paisaje serrano en San Pedro de las Herrerías. De arriba abajo, iglesia, vista parcial de la localidad, molino, cabecera del río Aliste y plano de nuestra ruta.

metros de altitud. Las más destacadas son la Peña Resbaladera, el Cueto de los Cogotes, Peña del Rumajo, Peña los Hombros... Coronadas por riscos escarpados, en esas denominaciones ya especifican su entraña rocosa.

Debido a los incendios y sobreexplotación, estos parajes fueron eriales desolados. Ahora, las laderas están ocupadas por densos pinares, procedentes de repoblaciones y viejas, a punto de rendir su tributo maderero. Aunque distinguimos diversas especies, predominan los pinos albares, con sus troncos rojizos y noble prestancia. La ruta que llevamos permite divisar a trechos el fondo del valle, donde se alternan extensos herbazales con sotos ribereños formados por sauces y alisos. La soledad y el silencio son absolutos, casi épicos, sin nada ni nadie que rompa su hechizo. Los sobresaltos mayores que podemos percibir surgen de las espantadas sorpresas de los ciervos. Sus huellas se ven en el firme de la senda.

Aunque subimos de seguido, sólo en cortos trechos las rampas resultan fatigosas. Al fin llegamos hasta la cabecera del valle, un recóndito paraje que alberga un pujante castaño. Parte de allí una trocha que se dirige directa hacia arriba hasta coronar la montaña y descender a continuación a las tierras drenadas por el río Valdalla, afluente del Tera. Nosotros no la seguimos, pues optamos por iniciar el regreso por otra pista que aquí confluye. Salvamos el cauce del citado arroyo del Carralón, que en este tramo es una insignificante regatera que sólo lleva agua en momentos de desnieves o fuertes lluvias. En los adustos herbazales de algo más abajo es donde se disimulan sus verdaderos manantiales. También existen por ahí vastos espacios tapiados de helechos. Continuamos ahora por las laderas de la margen derecha. El itinerario que aprovechamos es llamado camino del Chano, el cual se aparta de la vaguada para avanzar por el borde de una mesetilla de la que toma nombre. Encontramos sucesivamente dos bifurcaciones y en ambas despreciamos los ramales que se apartan hacia el occidente. Deambulamos entre diversos pinares, lindantes con praderas asilvestradas en las que prosperan arbustos de ribera. Las panorámicas resultan grandiosas, con la serie de cimas serranas perdiéndose a lo lejos. Entre el cascajo desnudo de los suelos, a poco que nos fijemos, distinguiremos numerosos fragmentos de mineral de hierro, señal de la existencia de ocultos filones por aquí. Una agreste torrentera, excavada en el lindón contiguo, quizás no se produjera únicamente por efecto de la erosión natural. Pudiera ser el resto de alguna pretérita explotación minera enmascarada parcialmente por la maleza.

Tras llegar a una compleja encrucijada hemos de desviarnos a la izquierda para enfilarse directamente hacia el pueblo, visible a media distancia. Descendemos por una fuerte cuesta en la que intriga una antigua marra asomando entre las escobas. Cruzamos abajo, de nuevo, el arroyo del Carralón que ahora sí lleva sonoros caudales. El paso es un puente funcional de cemento tras el que volvemos a ascender a través de un angosto carril constreñido entre espesos arbustos y un intrincado roble. Más adelante accedemos a la carretera y la atravesamos para seguir de frente junto al ramal abandonado tras una rectificación. Antes de penetrar entre las propias casas dejamos atrás una chochera y descubrimos otro castaño admirable. Aparte, un oscuro y brillante laurel asoma sobre las paredes de los huertos. Si deseamos conocer otros árboles sobresalientes del término podemos acudir hasta El Ramayal, pago no demasiado apartado, donde perduran vetustos robles.